

CALABAZAS

en el trastero



Mitos de Cthulhu

R. López 13



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Mitos de Tthushu

Créditos:

Primera edición digital: abril 2016
Código: COD 9785400038635050074

Ilustración de portada: Rodrigo Rodríguez Tendero
Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso
Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso
Prólogo (cortesía de Nocte): Míkel Rodríguez
Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Autores: Javier F. Bilbao, Eduardo Casas Herrer,
Patricio G. Donato, Santiago Eximeno, Carlos García,
Ricardo Giraldez, Dani Guzmán, Josué Insua,
Juan Ángel Laguna Edroso, Pablo Loperena,
Miguel Martín Cruz, Gema del Prado Marugán,
Aitor Solar y Víctor Villanueva Garrido

Edición: Saco de huesos
Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza
Más información: www.sacodehuesos.com

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prefacio

V*ulnerant omnes, ultima necat.* Todas las horas hieren. La última, mata. Para aquellos educados en la cultura judeo-cristiana, este principio constituía una premisa inmutable de la vida. También de la mitología. Incluso la de terror. Los monstruos tradicionales –vampiros, brujas, almas errantes, hombres-bestia o el mismo Satán– estaban condenados/agraciados a la aniquilación/redención. Por eso, para una minoría el descubrimiento de la obra de Howard Phillips Lovecraft supuso una sorprendente revelación. De un plumazo eliminaba esa pléyade de monstruos románticos que anhelan la inmortalidad, pero a quienes la Parca siempre alcanza. También suprimía el temor a los difuntos, tanto a los corpóreos como a los inmateriales, porque «no está muerto lo que yace eternamente». Sus miedos ya no apelaban al sentimiento, sino a la razón, en un siglo en que lo sobrenatural se diluye bajo el peso de la ciencia y la tecnología. Una ciencia cada vez más incierta y aterradora. Rota la Geometría euclidiana tradicional por la cuarta

dimensión (materia de análisis del matemático Charles L. Dodgson, más conocido por su seudónimo literario de *Lewis Carroll*), quebradas las certezas de la mecánica newtoniana por la teoría de la relatividad de Einstein y negada la posibilidad de determinar con precisión ciertas variables físicas por el principio de incertidumbre, la seguridad del ser humano en la ciencia se desmorona. Una ciencia que la mayoría abordamos con idéntico método que la antigua religión: incapaces de entender sus misterios, la aproximación se hace apelando a la fe.

Freud nos ha mostrado el racionalismo de lo irracional. Darwin señala nuestra humilde condición de protozoos evolucionados e insinúa nuestra inevitable extinción. Una extinción de la que, a diferencia del dodo o del lobo marsupial, somos conscientes. Criaturas débiles y racionales, huérfanos ya de demonios o dioses a quienes impetrar protección. Porque, por increíble que uno sea, siente miedo. El grito de Munch expone a esa humanidad sumergida en la angustia y la desesperación. Y Lovecraft será el gran narrador de los horrores del hombre contemporáneo.

El autor de Providence pone al *homo sapiens sapiens* en su justo lugar: un mero germen, poco más

que una mota de polvo animada. Un ser transitorio, condenado a no perdurar, contrapuesto a entidades colosales que colman el tiempo y el espacio, cuyo mismo concepto nuestra mente resulta incapaz de asumir. Horrores numinosos, originarios del mundo del caos protoplasmático o venidos de la estrellas, como preconiza la exobiología. La locura o la muerte son los únicos resultados posibles del contacto entre especies de entidad cualitativamente incomparable.

En mi caso, esta desoladora toma de conciencia llegó en el instituto de la mano del grueso volumen de *Los Mitos de Cthulhu* publicado por Alianza Editorial en 1969, con un impagable prólogo de Rafael Llopis, uno de los mejores traductores de Lovecraft al castellano. Prólogo que reconozco en su momento no leí pues me limité a disfrutar de los relatos, notando como algo se removía en mi interior. Eso sí, anoté internamente que, a diferencia del *Drácula* de Stoker o del *Frankenstein* de Mary Shelley, el libro enganchaba también a estudiantes de ciencias habitualmente ajenos a géneros fuera de la ciencia-ficción. E intuí que se trataba de una literatura para minorías. Algo que, con los años, he constatado al comprobar que todas las versiones fílmicas de *La casa de la bruja* deben añadir una

joven de generosos pechos para seducir al gran público y que la visione hasta el final. Incluso se da la paradoja de que la aclamada como su mejor adaptación al cine, *H. P. Lovecraft's Necronomicon* (1993), tuvo que incluir elementos románticos y eróticos no presentes, al menos explícitamente, en los relatos originales. Los Mitos no pueden competir cuantitativamente con el vampiro y el zombi, lo mismo que un documental sobre arquitectura o una película en blanco y negro no pueden batir en audiencia a un *reality show*. Pero, aunque el horror cósmico no sea el favorito de lectores y espectadores, resulta innegable que disfruta de unos selectos y fieles acólitos.

Los Mitos y lo hispano

Lovecraft, anglosajón con ínfulas aristocráticas, no sentía ninguna simpatía por «esos extranjeros miserables de Europa Continental» ni por sus vecinos iberoamericanos. En relación a los «morenos, bajitos y sucios» latinos y semitas, era temor lo que experimentaba. Lo hispano apenas aparece en su obra o lo hace de forma subsidiaria, como el personaje de Juan Romero, inculto peón mexicano, víctima de un mal que presiente sin

entender. Si un protagonista, como el doctor Muñoz de *Aire Frío* (*Cool Air*, 1926), presenta cultura y distinción, inevitablemente ese «linaje y crianza superior» resultan fruto de su herencia racial celta. Quizá su aproximación más interesante es *La antigua raza* (*The very old folk*, 1927), ambientada entre los vascones durante el período final de la República romana, donde esboza ciertas ideas que serán parcialmente desarrolladas por Robert E. Howard.

La mención más recurrente a lo hispano en los Mitos se refiere a su más ilustre grimorio, al *Necronomicón*. Pero no es una alusión del maestro. En origen, Lovecraft solamente cita una traducción latina del XVII que se hallaba en la Universidad de Buenos Aires. Así que el *Necronomicón* de Lovecraft no es toledano. Serán otros autores los que posteriormente le proporcionarán esa patina ibérica al ir añadiendo más informaciones. De esta forma, se atribuye la versión a la escuela de traductores de Toledo, se alude a un *Necronomicón* en romance leonés a partir de un volumen requisado en la biblioteca de la mezquita de Córdoba o se cita una translación catalana del año 1423 titulada *Lo Llibre dels Morts*. ¿Se debe la adjudicación a Toledo de ser

la cuna de la más conocida versión del *Necronomicón* a la popularidad del escritor Washington Irving? Este escribió sobre «la antigua y renombrada ciudad de Toledo, famosa por sus antigüedades», repleta de reliquias traídas por judíos, visigodos y musulmanes y escondidas ante la llegada de los nuevos invasores cristianos.

La literatura de los Mitos llegó muy tarde al mercado editorial español. No así al castellano. Lovecraft ha gozado de gran predicamento en Iberoamérica. La revista *Narraciones terroríficas*, versión argentina de *Weird Tales*, publicada por la bonaerense editorial Molino, imprimió desde 1939 relatos de Lovecraft, Derleth, Bloch, Long, Howard... Durante los años cuarenta la revista mexicana *Los Cuentos Fantásticos* también divulgó a los principales autores de los Mitos. Pero hay que esperar hasta finales de la siguiente década para que Lovecraft desembarque, episódicamente, en España. En 1958 aparece el cuento *El Horror de Dunwich* en una antología de la editorial Labor de Barcelona. Ya en el decenio de los sesenta se normaliza la situación de la mano de Taurus, Molino, Acerbo y Alianza Editorial. Todas ellas vierten los Mitos al castellano,

labor a la que en las siguientes décadas se sumarán una docena de editoriales más.

En el mundo del cómic y la novela gráfica los Mitos han sido fuente de inspiración para autores como Josep M. Beá (*Lovecraft Monster Gallery*), Esteban Maroto, Alberto Breccia, Horacio Lalia o, más recientemente, Alberto Vázquez. Y bastantes cuarentones recordaremos con nostalgia las historietas de horror cósmico leídas a hurtadillas en clase en revistas como *Creepy*, *Dossier Negro*, *Rambla* o *Vampus*.

Diversos grupos musicales buscaron también su inspiración en los Mitos: desde Alphaville, formación de culto de la *movida madrileña*, al grupo de metal Modelo Pickman, pasando por el electropop de la Monja enana. Donde Lovecraft ha tenido menos suerte ha sido en el cine español. Aunque el estajanovista y precursor Jesús Franco rodó *El Necronomicón* ya en 1967 (filme que para muchos tiene de los Mitos solo el título), las películas basadas en su obra se caracterizan por ser muy malas y las últimas, como las dos fallidas entregas de *La Herencia Valdemar* (2010-11), no han elevado demasiado el nivel. Señalar, eso sí, que entre tanto

deshecho de tintera existe una muy meritoria: *Dagon*, de 2001.

El mundo de internet ha sido mucho más propicio para los Mitos: *lapetiteclaudine.com* o *susurrosdesdelaoscuridad.com* son, por citar algunas, referencias relevantes para los aficionados. Precisamente es otra web, *Leyenda.net*, página independiente consagrada a los *Mitos de Cthulhu*, que ahora cumple su décimo aniversario, quien se encuentra tras el origen de este libro. Con más de 6.000 obras y 1.200 personas reseñadas, atesora una información enciclopédica sobre este subgénero de la literatura de terror.

La presente antología aúna a través de la editorial Saco de Huesos dos sugestivos proyectos de terror en castellano: la *Biblioteca Fosca* y *Leyenda.net*. Su expectativa: retornar a la esencia de los Mitos, a menudo desvirtuada o, peor, profanada. En manos del inteligente lector queda decidir si el objetivo se ha cumplido o no.

Y aquí estamos, todavía con el olor a tinta, dispuestos a dar otra vuelta de tuerca, pero sin adulterarlos, a los horrores sobre los que nos advirtió H. P. Lovecraft. ¿Qué pensaría el autor de Providence viendo su legado en mano de unos

hispanos, que reavivan de nuevo la hoguera de los Mitos? Probablemente, nada. Más allá de fobias personales, las especies destinadas a la extinción quedan hermanadas por la inevitable hecatombe final. Vivimos horas contadas. Pero todavía no. Hagamos esperar un poco más a la Parca.

Míkel Rodríguez

(Los que descienden al mar en naves)

Por Javier F. Bilbao

Carta abierta de Sonia Greene - otoño de 1946

Cuando retomo la lectura de sus historias, lo veo a él: paseando taciturno alrededor del papel, frotándose las manos, impaciente y preocupado... esperando a los engendros para poder atraparlos con sus letras.

Según dijeron los que me querían, siempre fui una mujer testaruda que no sabía aceptar consejos. Pero solo la edad, y la suma de reflexiones hechas en soledad, me procuraron un testimonio sincero acerca de cuantas veces pude haberme equivocado. Yo no elegí el camino fácil, y desprecié la suerte de las mujeres que delegan su destino en un hombre vulgar. En consecuencia, antes de optar por los favores de una vida sencilla y el sosegado trajín de un hogar, preferí satisfacer mis singulares aficiones e

intereses, a la sazón bastante alejados de lo que mi familia estimaba apropiado para una muchacha de mi edad. En efecto, mi joven carácter se forjó a través de la lectura, de la fantasía, y la viva llama de la imaginación tomó mi voluntad y se nutrió de mi atrevimiento. No acerté sino en la madurez, tras unos años plenos de sinsabores, a espantar de mi conciencia sus venenosos vapores. En vano traté más tarde de rectificar mis pasos para que la vida me regresara algo de felicidad, porque solo hallé recuerdos cohibidos y años que iban pasando sin ver que estos dejaran huella, excepto en mi rostro.

Hablar de él, de mi segundo marido, hace que sienta de nuevo el arrebató de internarme en territorios cuasi prohibidos para una mujer. Pero hubo un tiempo, lo sé, en que yo también tuve capacidad para hacer trascender mis ensueños, y voz propia para dejar constancia de mi paso por el mundo.

Nos presentaron en una convención de aficionados en Boston, cuando yo aún era presidenta de la United Amateur Press Association. Charlamos bastante acerca de nuestras respectivas pasiones literarias, y Howard se sorprendió al descubrir que una mujer empatizaba con los extraños universos en

los que flotaba su mente. Tras varios encuentros, empezó a aflorar en nosotros una suerte de extraña amistad, y pronto tuve conciencia de la distancia real entre ambos, del volumen de su imaginación; pues a su lado, mientras escuchaba sus historias, me hacía sentir como si fuese una estrella insignificante hundiéndose entre torbellinos de caos.

Sellar nuestro compromiso y precipitar la boda con la pretensión de encabezar juntos algo más grande fue tomar otra decisión equivocada. Demasiado pronto encontré un hombre frustrado, inseguro, condicionado por el mismo mundo que le tocó vivir. Un escritor desamparado editorialmente, e inerme lejos de su íntimo círculo de amistades. Su trabajo no se traducía en ingresos, y su talento se derrochaba en publicaciones que no se tomaban en serio sus compromisos.

Howard se obsesionaba por el hecho de trasladar sus alucinaciones al papel de manera fehaciente; cosa improbable, pues no siempre hallaba palabras y adjetivos en el idioma para recrear todo lo que manaba de su fértil imaginación. Así, muchas veces hubo de apoyarse en un vocabulario inventado, imposible, e impronunciable, haciendo de ello, de lo

retorcido, una de sus señas de identidad más celebradas.

Ansiaba la llegada de la noche, del sueño, para que aquellas ideas ligeras como plumas que habían mantenido su mente ocupada todo el día, finalmente cogiesen cuerpo en delirantes pesadillas. Y de tal manera esperaba dar sentido a los días venideros: desarrollando los bocetos propuestos por su imaginación, en los ratos libres que la molesta cuestión de hacer vida común le dejaban. De hecho, tanto miedo tenía en despertar sin acordarse de sus obnubilaciones cósmicas, que me pedía por favor que yo quedase en vela y apuntara todo, si es que le daba por hablar en sueños.

El que fuera mi marido prefería huir de todo aquello que molestase sus ideas. No atendía a mis preocupaciones, pese a que también eran las suyas. Mi negocio de sombreros no funcionó todo lo bien que yo esperaba, las deudas se acumulaban, y el tiempo se nos escapaba como arena entre los dedos. Pero lo que temía él no era el día que venciesen los pagos y nos quedásemos sin nuestro patrimonio, sino a los males que atemorizan a los escritores que nunca están en paz con su obra. Temblaba pensando en la falta de inspiración, en el cansancio de los

lectores, o acaso en la pluma mordaz de la crítica. En verdad no estaba preparado para ejercer de cualquier otra cosa que no fuese ser él mismo.

Me aparté de Howard por el bien de ambos. Aunque apenas nos diera tiempo a ser felices, sé que llegamos a querernos; a nuestra manera, y con una intensidad incomparable, por extraña, a la de cualquier otra pareja. Nos enamoramos de nuestras semejanzas y nuestras diferencias, que no eran pocas en ambos sentidos. Pero al fin fueron ellas quienes sembraron nuestro distanciamiento. Y pusimos término a nuestra relación deseándonos suerte, como dos personas que se despiden aun sin haber llegado a comprender realmente lo que significa ese nuevo compromiso; pues al contrario que el amor, el adiós puede tenerse para siempre.

Fui esposa y amiga, todo lo bien que supe o él me dejó. Y pese a las desgracias, las equivocaciones y los sinsabores, sé que hicimos bien en separarnos. De haber continuado nuestra extraña aventura, hubiésemos puesto en juego algo más que el respeto; quizá sus mejores cuentos e historias, y me alegro de no haber sido yo quien amenazara su talento. Extraña paradoja la que resulta al reflexionar sobre este hecho, pues tal vez debido a lo angustioso de la

perspectiva, obtuvo su fuerza para culminar un nuevo cosmos lleno de maldades y portentos. Estoy segura de que ahí, en ese lugar «más allá de los eones», es donde su mente subyace para siempre. Y en efecto, fui yo, nada menos que Sonia Greene, quien ostentó el raro privilegio de conocerlo mejor que nadie.

A la memoria de Eich-Pi-El.

Los que descienden al mar en naves

Noviembre de 1923

Howard tenía hecha su propia idea de lo que habría de ser nuestra luna de miel. No puedo decir que me sintiese entusiasmada ante el plan de pasar una semana junto a sus tías, allá en Providence. Ni yo era del agrado de ellas, ni esas viejas brujas podían serlo del mío. Y estuve pensando qué hacer para satisfacer a mi esposo sin herir su sensibilidad, y sin tener que ceder sin más a sus pretensiones.

La suerte de leer todo lo que cayera en mis manos hizo que me fijara en un curioso artículo de opinión, el cual, haciendo hincapié en misterios y morbosas teorías, reivindicaba la verdad de un extraño suceso. Por mi parte, yo no tenía idea del alcance real de aquella noticia, ni conocimiento alguno de Playa Martin. Y tampoco había oído hablar en mi vida del Prof. Ahon.

Dicho personaje afirmaba haber estado tan cerca de la verdad como de la muerte. Supuse entonces que de lo primero nunca podríamos estar seguros, pero dadas mis naturales inclinaciones hacia lo misterioso del mundo, me animé a seguir leyendo tras encontrar que en el encabezado se formulaba la curiosa pregunta:

«¿Están los poderes hipnóticos reservados a los Seres Humanos?»

A razón de leer el primer párrafo, imaginé un pintoresco lugar, solaz de turistas, y un célebre balneario puesto a merced de una oscura historia. Y entonces tuve una revelación, y empecé a barajar la idea de dedicar unos días a recorrer aquel enclave tan sugerente de la bahía de Massachusetts, con la excusa puesta en nuestro viaje nupcial...

Con él no hizo falta insistir. Una vez que puse al corriente a Howard, cambió hasta el brillo de sus ojos. Entonces, con una presteza de la que lo creía incapaz, bajó su vieja maleta del altillo del armario y la dispuso abierta sobre la cama. Esa forma de proceder tan suya no me cogía desprevenida e interpreté fácilmente que había despertado en él un deseo incontenible de conocer ese lugar. Howard acaldó sus pantalones y sus mudas apretujándolas al

fondo, para dejar espacio a un par de libros y a su cuaderno de notas. Y mientras tanto, yo quedé observando sus evoluciones asaz paciente. Pensando en que ya lo conocía un poco, nada más lo tomé del brazo y lo obligué a que me mirara a los ojos. Quizá yo fuera la única persona en el mundo a la que Howard no podía rehusar la mirada, y como sugería el profesor Ahon en su artículo, intenté penetrar su mente haciendo valer esa suerte de influjo magnético (no tan poderoso como mi genio), y por fin lo llevé a sentar en la cama para enseñarle a planificar las cosas ordenadamente y con calma.

Nos esperaba por delante una larga y agotadora jornada de trenes y trasbordos. Algo más de doscientas cincuenta millas separaban Brooklyn del puerto más antiguo de América. Pero eso no amilanó a Howard, pese a ser reacio a los trenes y a los viajes, largos y cortos.

Ese día mi esposo fue feliz, y yo con él. Los motivos de nuestra dicha habrían de hallarse en un hecho que nadie juicioso conseguiría entender. Atraídos por lo retorcido, lo pavoroso... pretendíamos perseguir el misterio hasta su mismo origen. En verdad no sé cuántas veces tuvo tiempo Howard de releer aquel artículo mientras el paisaje

se oscurecía a través de la ventanilla. A veces, entre una cabezada y otra, lo cazaba en sus ausencias; con la mirada perdida, como si deseara proyectar su mente hacia ese lugar donde los enigmas trataban de hacerse corpóreos. Y en ocasiones me sacaba del sueño sin ningún pudor para pedirme opinión si pensaba que había descubierto algún detalle importante escondido entre las palabras del Prof. Ahon. Lo perdoné, pese a los sobresaltos, porque yo igualmente me sabía el texto casi de memoria y entendía la ansiedad que ello provocaba en él.

Retornando al mencionado artículo y según se explicaba más adelante, nada quedaba ya del pesquero «Alma de Gloucester», ni de su curtido capitán, James P. Orne; y tampoco de su tripulación. Tan solo estaba la elegante posada Wavecrest, tenaz baluarte contra la oscura maldición que empezaba a tomar cuerpo en boca de los más medrosos. Y sus dueños, cual silentes testigos del suceso, utilizaban todos los medios a su alcance para acallar a quien diese pábulo a esas historias con la intención de hacer regresar la clientela y evitar el desastre de su negocio. El profesor se lamentaba de ello, tras habérselas con testigos que ahora renunciaban a cada palabra dicha. Confiarse del testimonio de

algún marinero borrachín, sacado a fuerza de unos vasos de ginebra, no bastaba para apuntalar sus hipótesis y hacer que trascendiesen a la opinión pública como debiera.

Difícil de creer lo que había sucedido en Playa Martin; tanto, como el gran empeño puesto por algunas personas para hacer como si nada de aquello hubiese pasado. Ahon no obtuvo más pruebas que sus propios apuntes, y el grueso del misterio le quedaba lejos, tras haberse visto obligado a abandonar Gloucester antes de tiempo. A su regreso, no halló quien quisiera hablar, ni siquiera desde una postura científica, pese a que la criatura marina efectivamente estuvo expuesta al público alrededor de mes y medio y que varios de sus colegas llegaron prestos a examinarlo. Tal vez fueran ciertas sus insinuaciones al hablar de elementos que compraban el silencio de gentes influyentes u amenazaban a otros, pues entonces pudieran explicarse ciertas cosas. Sería terrible para ese hombre tratar de demostrar en solitario la verdad de lo que sabía, cuando bastantes más personas venían por detrás negando cada palabra de lo que él aseveraba:

«El hecho de que un monstruoso ser de los abismos arribase en Cape Ann no puede ser callado ni encubierto de ninguna de las maneras. Pese a lo desgraciado del desenlace y al horror que suscite la verdad.»

Y continuaba diciendo:

«Las fuertes tormentas y las mareas vivas habidas durante semanas, sin duda ayudaron a expulsar fuera uno de sus secretos más oscuros. Y esa criatura salida del insondable hadal, extraviada y desorientada, acabó vagando por el océano para de él ser arrancado por las redes de un barco arrastrero de nombre «Alma de Gloucester». Solo tras haber librado una imponente batalla de cuarenta horas, lograron alzar y finalmente depositar en cubierta al monstruoso ser, para darle muerte en circunstancias que llenarían un libro entero con sus terribles pormenores. Sabe Dios –seguía preguntándose el Prof. Ahon– cuántos encuentros fortuitos hubieron de sobrevenir a otras tripulaciones previo al habido con el malogrado capitán James P. Orne... Aún pude averiguar que pretendían transformar sus barcos de altura en palangreros, pues como preveía, estaban resignados a ver disminuidas sus capturas y el rendimiento de la flota con tal de faenar en la

seguridad de que no hallarían otra criatura igual atrapada en las redes. Lo cierto es que tal ha sido el golpe moral en sus gentes que no han sabido reaccionar sino del modo más doloso e incomprensible para mí. Pretenden en esta villa hacer de la cobardía un don, y del silencio un dogma. Apelan entonces al olvido, encomendando su hado al cielo, y esperando que las plegarias apacigüen el miedo al mar y a lo que se esconde en sus negras profundidades. Las autoridades, incapaces en la práctica para disponer cualquier cosa útil, levantaron un cenotafio que honrará la memoria de los muertos, cuya leyenda dice: «Monumento a los Pescadores de Gloucester, 23 de agosto de 1923». Un panel de bronce lo completa con un desacertado epígrafe tomado del Antiguo Testamento (Salmos 107:23): «Los que descienden al mar en naves-1623-1923». Y qué profundo temor han de infundir estas palabras al visitante al descubrir que han sido próximos a diez mil los marineros que, a lo largo de los trescientos años de historia del puerto, encontraron su fin en estas aguas... ¿Cuántos de ellos se deben a naufragios por tormentas y cuántos a criaturas salidas de los piélagos abisales? Tal vez nunca lo sepamos

mientras en Playa Martin siga prevaleciendo el turismo y los influyentes dueños de la posada Wavecrest se afanen en contar otras cosas.»

El profesor Ahon afirmaba que llegó a examinar muy de cerca la criatura marina, y la describe así:

«El animal, de asombroso tamaño y repugnante aspecto, yacía dispuesto sobre un lecho de barras de hielo, confinado en un cajón de madera cuya esmerada carpintería se arregló sobre la misma cubierta del buque. Todo ello en un intento de retrasar su acelerada descomposición y a su vez permitir la contemplación pública, previo pago de una entrada. Todos los naturalistas coincidieron en señalar que, en lo fundamental, presentaba una forma pisciforme; y las estimaciones hechas a posteriori planteaban que tendría unas ocho toneladas de peso repartidas en unas impresionantes medidas de cincuenta pies de largo. Pero lo que más llamaba la atención, justo al primer vistazo, sin duda era que, en lugar de aletas caudales, la criatura mostraba seis primitivas extremidades, tres a cada lado, provistas de dedos palmeados y fuertes uñas. Solo ese insólito detalle de su anatomía causaba espanto, aunque no menos que su grotesca boca, inequívocamente preparada para engullir de un solo

golpe cualquier cosa que se pusiese delante, inclusive mamíferos acuáticos de buen tamaño. Y qué podría decirse de su único ojo, sino que causaba espanto verlo e imaginarlo abierto y centrado en la presa... Un órgano que de poco le iba a servir en las profundidades abisales, a no ser que agregase funciones todavía más extraordinarias que todo lo demás. De fascinante catalogaría el apéndice bioluminiscente (de cuyo estudio me ocupé yo especialmente), suspendido de un pedúnculo que nacía de su frente y compuesto de ocho fotóforos que iluminarían la penumbra justo por delante del horrible ojo. Su extrañísima disposición, perfecto ejemplo de pareidolia, recordaba un reloj de arena, y, por analogía, el carácter con el que comúnmente representan los libros la constelación de Orión. De hecho, doy fe que los ocho puntos lo reproducían exactamente. Lo cierto es que no he podido apartar de mi mente la sospecha de que la función de ese órgano no se supedita tan solo a atraer sus presas en un entorno de oscuridad total. Por supuesto que me guardé de comentar dichas apreciaciones con otros colegas, y solo los hechos a posteriori alentaron mis ganas de redimir esa idea cuasi disparatada que había rondado anteriormente por mi cabeza. Será

imposible demostrar si aquel monstruo tenía o no la capacidad de magnetizar a otros animales y hacerlos converger a su desmesurada boca, pero aun a riesgo de perder la poca credibilidad que aún me quede, yo pienso que, efectivamente, pudiere ostentar un insólito poder hipnótico sobre otras criaturas...

Ni mucho menos acabaron aquí las sorpresas, y siendo testigo de aquello, a mí ya solo me quedaba pensar que tal vez sea más lo que ignoramos del mundo que el grueso de lo que ya sabemos. Examinada la entrada de la boca y su garganta, descubrimos una hendidura laríngea, un órgano similar a la siringe de los saurópsidos, y una concavidad ósea que ejercía de cámara de resonancia, lo cual le permitiría emitir bajo el agua sonidos e infrasonidos de ecolocación. O, lo que es aún más asombroso, también fuera de ella. Pero cuán equivocados estábamos si creíamos conocer los principales caracteres somáticos de ese ser de pesadilla... Nada pudo espantarnos más en todos los sentidos que constatar (luego de examinar unos genitales apenas desarrollados) que en realidad teníamos delante una joven cría de algo aún por conocer...»

El Prof. Ahon continuaba hablando en su artículo del precipitado fin de las investigaciones sin que sus colegas hubieran tenido tiempo de llevar a cabo un examen más pormenorizado. Cuenta después que la noche del 19 de julio se abatió un gran temporal sobre Cape Ann trayendo sus peores consecuencias al puerto. El fuerte oleaje liberó el buque y lo empujó mar adentro junto a la carga y a su solitario vigilante. Inútilmente zarparon los barcos cuando el océano quedó en calma, pues no pudieron hallar rastro alguno del «Alma de Gloucester» en los dieciocho días que mantuvieron abierta su búsqueda. Y mucho se lamentaba el profesor de no haber podido esperar unos días más, aun cuando las esperanzas de encontrarlo se habían esfumado totalmente. En buena hora le urgió un asunto lejos de Gloucester al que no pudo hallar excusa y que al fin le impidió estar presente la infausta noche del 8 de agosto. A su regreso, habida ya la noticia de la desgracia, se vio obligado a mendigar respuestas a sus muchas preguntas sin que nadie se prestase a consolarlo.

Mi marido confiaba en su especial sensibilidad para absorber los misterios del entorno y destilar de ellos sus horribles confidencias. Pensaba que podría

hallar novedades tomando ventaja de su incógnito, rondando por el puerto y tratando de hacer a las personas adecuadas las preguntas oportunas. En absoluto quería yo desanimarlo; más aún cuando la idea de viajar a Playa Martin seguía siendo mía.

Howard me pidió opinión acerca de lo que yo pensaba que había sucedido la misteriosa noche del 8 de agosto, y lo tuve tan claro que no dudé en mi respuesta. Le expliqué entonces que, uno, o quizá ambos progenitores, buscarían por el océano a su retoño; y tal vez su rastro, su olor, los llevaría a encontrar el «Alma» navegando a la deriva. Quizá lo hundieran para recuperar el cadáver, y luego aguardarían a que se diesen nuevamente las circunstancias propicias tanto en el mar, como en el cielo. Entonces, entre la tormenta, la oscuridad y las aguas alborotadas, arribarían con la marea en Playa Martin para tomarse venganza contra los hombres.

Para Howard no bastaba con aquella explicación, aunque claramente la apoyaba. Necesitaba saber cómo pudieron capturar al capitán Orne, a su tripulación y a buena parte de los presentes si con tempestad y de noche se hallaban todos los barcos amarrados a puerto. Es decir, la manera en que todos ellos, teniendo los pies en tierra, habían sido

arrastrados a las profundidades oceánicas y a una muerte espantosa. Y yo le contesté recordándole que la clave debíamos hallarla en el enunciado del Prof. Ahon. Entonces, mi marido arrugó el entrecejo y se acarició el mentón pensativo. El resto del viaje transcurrió en silencio, y yo casi podía leer la mente de Howard, que trataba de recrear una historia similar a la que yo misma me había formado en mi cabeza, o quizá mucho peor...

La «elegante» posada Wavecrest ciertamente era algo más. Dentro se respiraba un ambiente insano. Sus dos únicos huéspedes fueron recibidos con educada displicencia, y el gerente los atendió con el mismo humor y buena voluntad con que se afana en su trabajo un médico forense. No obstante, no nos importó ese ambiente destemplado, pues de algún modo esperábamos un trato y una disposición especial, como especiales eran las circunstancias que nos hallaban aquí. De todas maneras, siempre que encontrásemos el menú de nuestro agrado y nuestra habitación limpia y ordenada, no exigiríamos más favores por nuestro dinero. Nosotros debíamos saber que existían lugares bastante más agradables para pasar nuestras vacaciones.

Agarrados del brazo, prietos los dos compartiendo un mismo paraguas, nuestro primer paseo por el muelle satisfizo a Howard en todos los aspectos. Una fina lluvia nos asistió todo el camino, rociando de tristeza un paisaje ya de por sí desolador. La humedad, el frío, penetraba por los poros de la piel y calaba hasta los huesos. El olor a salitre y madera putrefacta embotaban los sentidos y un encogimiento del alma y un temor sobrenatural aprehendían nuestros ánimos al entornar la vista hacia las aguas del mar. Cielo y tierra se aunaban en vapores luctuosos que cambiaban de aspecto las cosas, de los barcos fondeados en la dársena del muelle, cuyas siniestras arboladuras parecían desvanecerse en esa especie de atmósfera enfermiza. Anduvimos hacia el pantalán del puerto, donde se balanceaban descoloridas chalupas y balandros, algunos abandonados y cubiertos de algas, otros hundidos con su proa asomando sobre el agua. Varias embarcaciones descansaban en la rampa del puerto a la espera de ser reparadas. Pero ni una sola persona había que diera fe de vida o actividad alguna.

Pedí por favor a mi marido regresar a la posada, pues después de dos horas de paseo me había

quedado helada de frío. Howard aspiró hondo y asintió de buena gana. Para ser el primer día se daba por satisfecho. Pero, al volver, tropezamos con un individuo como recién salido de la nada. No tenía aspecto de marino, ni de turista despistado, sino de pobre hombre. Barba blanca, espesa y descuidada, y mirada enloquecida. Un cuerpo flaco oculto por un gabán grueso, sucio y empapado. Caminaba hacia nosotros como presa de una gran excitación.

—¡Eh, ustedes!

Howard dio un paso al frente tratando de protegerme.

—¿Quiénes son, y qué les ha traído aquí?

Mi marido le hizo saber que no queríamos problemas con nadie y lo conminó a que nos dejase ir en paz, pero el hombre insistió:

—¡Corren peligro en este lugar! ¡Márchense, si en algo aprecian sus vidas!

Muy turbados por aquellas palabras, aún quisimos razonar con el sujeto pese a que evidenciaba estar trastornado.

—¡Atiendan a lo que les digo! ¡En Playa Martin nadie les dirá una verdad, y no quieren conocer la razón!

—¡Por todos los santos, Howard! —Me dirigí a mi marido francamente afectada—. ¿Es este hombre quien yo creo?

Acompañamos al Prof. Ahon a donde pudiésemos hablar con más templanza, pese a que parecía difícil entablar con él un diálogo coherente. Entramos en una vieja y oscura taberna sita al final del puerto y nos sentamos a una mesa. Dentro del local había varios hombres de mirada cabizbaja, marineros susurrando sus desdichas a un vaso de alcohol. Todos los ojos se centraron sobre nosotros cuando el rudo encargado acudió a despacharnos.

—No son bienvenidos. Les invito a que se vayan de mi establecimiento.

—Déjenos estar unos minutos, se lo ruego. Somos los familiares de este hombre y, ahora que lo hemos encontrado, solo pretendemos llevárnoslo a casa cuanto antes. Está enfermo... Mire, si nos trae algo para hacerle entrar en calor puede que logremos persuadirlo más fácilmente. Después, no volverán a verlo nunca más por aquí. Ni a él, ni a nosotros.

Mis mentiras surtieron algún efecto y, tras que una mujer prometiese cumplir su palabra, obtuvimos tres humeantes tazas de té. A Howard no le agradaba el té, ni cualquier otra cosa que pudiera

venderse en el local, pero esta vez hizo un esfuerzo por disimular y estar callado.

—...Sí, perfectamente lo recuerdo... ese artículo lo escribí hace algunos meses. Desde entonces muchas cosas han cambiado. Nadie hizo caso. Nadie se interesó por nada de lo que dije... Pero ahora se asombrarían de todo lo que he aprendido... Sí, la tormenta perfecta se acerca. Y yo estaré presente cuando se abran las aguas del mar. Debo estarlo, pues poseo su secreto. Pero ustedes... ustedes convendrán en irse inmediatamente.

—Díganos qué va a suceder, profesor... Mi marido y yo necesitamos saberlo. Nosotros le escucharemos...

—No... no están preparados. Ninguno lo está.

—Créame que somos los más indicados. Y nadie mejor que mi marido, se lo aseguro.

—No deberían haber venido a este lugar...

—Si nos cuenta lo que sabe, le dejaremos en paz.

—Se irán de Playa Martin...

—Nos iremos.

—No, no lo harán... Ustedes son como yo. Por eso están aquí.

Los presentes estaban atentos a cada gesto, a cada movimiento de labios. Y los murmullos se hacían

cada vez más audibles. Yo ya estaba acostumbrada a leer en los ojos de los hombres sus intenciones y supe que no había lugar a tentar más a la suerte y vernos envueltos en una trifulca. Tras pagar la cuenta abandonamos el local aun sintiendo clavada en la nuca la siniestra mirada de aquellos hombres.

En ningún lugar de la ciudad éramos bienvenidos. Ni adentro, ni afuera. Recibimos el frío de la calle como una bofetada en pleno rostro. La lluvia arreciaba y Howard pugnaba para que el paraguas no se diese la vuelta con las fuertes rachas de viento que llegaban del mar. El alumbrado de gas del puerto había sido encendido, pero apenas podían aquellas tímidas candelas contra las sombras que dejaba atrás el crepúsculo vespertino. Menos aún valdrían contra la espesa negrura que avanzaba a ras del mar cabalgando sobre hinchados nubarrones. El profesor sonrió mirando al cielo, embebido de su propia locura.

—¿No lo huelen? Ya se acerca...

Howard estaba preocupado por mi seguridad. Pensó que debíamos postergar aquella reunión y recogernos enseguida en nuestros respectivos alojamientos. Entonces preguntó al profesor dónde

se hospedaba. Ahon se carcajeó sonoramente al oír la pregunta.

—¡Yo ya estoy en casa!

Aquella respuesta daba que pensar acerca del grado de locura que ostentaba el profesor. Supuse que había hecho su hogar de alguna de aquellas viejas chalupas, pero no quiso aclararlo. Y al fin abrió la boca para despejarnos las dudas de su estado mental.

—¡Mentí! ¡Mentí a todos! ¡Yo solté las amarras del «Alma de Gloucester» para devolver la criatura al mar y salvar a todos de la destrucción! ¡Y para mi desgracia, provoqué el efecto contrario! ¡Todos muertos por mi culpa! ¡Cuán superiores criaturas son a nosotros! ¡Profané su cuerpo, sí, me llevé de él sus atributos más preciados! ¡Y ahora he de purgar mis pecados!

De repente echó a correr, y por más que Howard le gritó, no detuvo su carrera. Aún perplejos, discutimos qué hacer. Ahon tomó dirección hacia el pantalán del puerto, a sabiendas de que no tenía salida alguna, excepto al mar. De no ser por mí, Howard no hubiera querido regresar a la pensión, así que mentí nuevamente diciendo que ni el frío ni el agua, impedirían que encontrásemos al profesor.

Siguiendo la débil línea de luz de los faroles, avanzamos contra el temporal y la oscuridad tratando de hallar la enjuta silueta de nuestro desquiciado amigo. Ya solo nos preocupaba que pudiera pasarle alguna cosa o sufriese un arrebató que lo llevara a tirarse al mar. Cualquier cosa podíamos esperar de ese hombre.

Llegados al final del embarcadero, vimos que una falúa había soltado amarras y tomaba el canal de salida del puerto sacudida por unas aguas muy agitadas y un viento racheado que hacía imposible su gobierno a vela. Howard le gritó y le hizo señas de que virase el timón, pero nada había capaz de hacer entrar en razón al Prof. Ahon, que irrevocablemente ponía proa hacia su propia perdición. Nuestras voces se perdían contra el viento, pero aun en los remolinos de aire Howard y yo creímos oír la misma carcajada de antes.

Y antes aún de perderlo de vista para siempre, lo vimos manejar un artefacto, una especie de larga caña de cuya punta pendía un bulbo carnoso, el cual hubo de colgar atado al palo de trinquete. Después hizo sonar varias veces lo que nos pareció una caracola, la cual bufó un sonido grave y conmovedor, distinto a cualquier cosa que

hubiésemos escuchado nunca. Y entonces, del corazón mismo de la tempestad, surgió un bramido horrible, cuyo eco heló nuestros corazones y paralizó de espanto a la gente que llegaba corriendo de la taberna.

El bulbo se iluminó y un resplandor fosforescente envolvió la barca a vela del profesor Ahon inspirando una estampa fantasmagórica. Entonces, la superficie del mar entero pareció destellar bajo cientos de luminarias y, elevándose del abismo, un canto reverberante, estentóreo y profundo como el tiempo, que hablaba de caos, dolor, y de muerte.

Alguien chilló a nuestras espaldas: *¡Tápanse los oídos y no miren!*

Y entiendo que esa fue nuestra salvación.

Solo un hombre no pudo resistirse. De lo que vio u oyó que pasó en el mar, mientras los fuertes brazos de los marineros lo sujetaban con todas sus fuerzas, Howard nunca quiso contarme nada.

—No, es mejor que no —me dijo siempre.

Sobre el autor de «Los que descienden en naves»:

Javier F. Bilbao es casado y con dos hijos, y entre sus hobbies figura el cine, la lectura y la escritura aficionada, que le mueven a participar y probar suerte en los certámenes que mejor casan con sus gustos y aficiones. Pese a sus limitadas aptitudes, de ello aún puede extraer la siguiente cosecha:

Finalista en el III premio Liter de literatura de terror (2008), finalista y publicado en la antología *Cryptonomikon II y IV* (2009, 2011), publicado en *Calabazas en el trastero: Especial Poe*» (2009), relatos publicados en la revista electrónica argentina *AXXÓN* nº 197, 205 y 208 (2009-2011), finalista ex aequo en los V Premios Andrómeda – Viaje espacial (2009), accésit en lengua castellana en el «III Concurso de Microrelatos de Terror y Gore Molins De Rey» (2009), publicado en la revista *Red de ciencia ficción* nº1 «Zombis» (2010) y en la revista *Cosmocápsula* nº2 (2010), seleccionado para la antología *Visiones 2010* auspiciado por la AEFCT, finalista publicado en la antología *32 motivos para no dormir* (Ed. Círculo Rojo (2011)), finalista publicado en la *Antología Z Vol.III* (Ed. Dolmen (2011)), relato incluido entre los cinco ganadores del

«I Concurso de relatos Ultratumba especial Halloween» publicado en la revista Un halloween de ultratumba (2011), mención de honor en los VII Premios Andrómeda categoría relato. Tema: «Robots, cyborgs, androides» (2011)., finalista del «Certamen de relatos de terror Todos los santos» de la web H-Horror/Cultura H (2011), publicado en la Revista Planetas Prohibidos nº3 «Especial erotismo» (2011), finalista del «I Concurso de Micro-relatos de Terror museo del romanticismo» (2012), publicado en Calabazas en el trastero: Barker, en la Antología Z Vol. VI (Ed. Dolmen (2012)) y en Calabazas en el trastero: Empresas, finalista del certamen Infectados Blog y publicado en la Antología Arkham Relatos de Horror Cósmico (Tyrannosaurus Books (2012)), finalista del certamen «Blog All Zombies» y seleccionado para la I Antología Hispanoparlante Del Apocalipsis Zombie (2012), 4º clasificado en el «Concurso de relatos del Blog Zombi» (2012) y ganador del «II Concurso de relato corto de literatura fantástica y ciencia-ficción Zona e-READER» (2012).